



*Tres
piedras
blancas*

in memoriam

Anxo do Rego

TRES PIEDRAS BLANCAS

Por

Anxo do Rego

© Anxo do Rego. Todos los derechos reservados



Memoria mea in Susan.

En memoria de mi querida Susana.

Sin sus ojos, mi mundo está ciego.

Sin su sonrisa, todo cuanto me rodea es tristeza.

*Hoy daría mi vista para que pudieras seguir
mirando el despertar de las rosas cada primavera.*

Y mi vida por poder abrazarte de nuevo

La tristeza ni huye ni se escapa nunca.
Sigo vagando por la tierra de los sueños frustrados.

Butros Toledano

El inicio

El inspector encargado de la investigación se retrepó en el sillón después de quitarse la chaqueta y aflojarse el nudo de la corbata. La barba incipiente daba un tono de cansancio a su rostro, que al mezclarse con las horas de vigilia y continuo trabajo, corroboraban el aspecto de credibilidad a los síntomas propios del agotamiento. El comisario le había dado un ultimátum que vencía a las ocho de esa misma tarde. Llevaba más de un mes con la investigación y todavía no había averiguado quien era aquel hombre. En realidad sabía su nombre y apellidos, solo que no parecía tener familia o amigos que se interesaran por él, o le comentaran alguna razón o motivo para su desaparición. Solo restaba una cosa, y pese a ser reacio a tomar ese tipo de medidas, esta vez estaría obligado.

Miró el reloj digital con carcasa de plástico negro, regalo de su hijo por el último día del padre, y comprobó cómo dos días sin cambiarse de ropa podían convertirle en un ser rechazable por el resto de ciudadanos. Levantó el brazo derecho por encima de la cabeza y acercó su nariz a la axila derecha para comprobar que, en efecto, le hacía falta una ducha, un afeitado y sobre todo dormir algunas horas.

Suspiró y murmuró algo entre dientes, como si discutiera con su alter ego sobre la conveniencia o no de tomar la medida prevista. Se dispuso a redactar la nota que enviaría a las emisoras de televisión y algunos diarios. Incluso tenía pensado, volcar la fotografía y la nota en una de las numerosas redes sociales a través de su blog. Diez minutos después se acercaba con el primer borrador hasta el despacho del comisario. Como en la mayoría de las ocasiones cabía la posibilidad de alguna rectificación, sin embargo, esta vez no acertó. Le observó leerla con atención, fijarse en la foto y devolvérsela con un asentimiento de cabeza, tal vez más como resultado del mismo cansancio, que de aceptación por el trabajo realizado. Lo sabía, no se equivocaba respecto al comisario.

—Adelante. Curse la nota. Quizás tenga más suerte esta vez y le lluevan los testigos.

—Es muy amable, comisario.

—No lo soy, pero como superior suyo, puedo permitirme los comentarios ¿Le molestan?

—No señor.

—Una cosa más Fidel, termine con esto de una vez por todas, hay otros expedientes que me gustaría acabar antes de las próximas navidades.

—Claro.

—Y por favor, vaya a su casa, dúchese y cámbiese de ropa. Apesta.

—Eso pretendía hacer en cuanto enviara la nota.

—Pues venga, no se demore mucho. Espero tener noticias antes de las ocho de la tarde. Alguien más preparado que usted está deseando hincar el diente a ese y otros expedientes que investiga.

—De acuerdo, pero confío en no dar a su sobrino esa oportunidad.

—Está bien Fidel, si es por eso, le daré dos días más. Pero el plazo se agotará transcurrida esta última ampliación.

—Ya le dije antes que era usted muy amable.

—Vale, vale, márchese ya.

—Sí señor.

Regresó a su despacho, el más pequeño de la comisaría y el único desprovisto de aire acondicionado. Descolgó el teléfono y comenzó a llamar a sus contactos en los medios de comunicación. Algunos le avanzaron que previamente pondrían la foto en los periódicos digitales hasta preparar la edición en papel del día siguiente. Por último abrió sus perfiles en cinco redes sociales e introdujo la misma nota. Daba la sensación de buscar a un familiar o un amigo. Después salió sin prisas hasta el garaje, se metió en el coche y condujo despacio hasta su casa.

Por supuesto Ángel Luis, su hijo, estaba en el instituto, por lo que la casa la encontró tal y como la dejó días atrás, toda revuelta. Se metió en su dormitorio, se deshizo de la ropa y entró en la ducha. Al salir, como era temprano, se acercó por la cocina y tras mucho buscar encontró la cafetera apartada en un rincón, junto a dos tazas con restos de café resacos, de quien sabe cuántos días. Fregó los recipientes y la cafetera italiana, y se sentó esperando la señal para tomarse una buena taza caliente. No había dado dos sorbos cuando el teléfono sonó repetidamente.

—Inspector Soto, dígame.
—Buenos días inspector. Le llamo en relación con la nota y foto que aparecen en un periódico digital de internet.
—¿Puede esperar un segundo?
—Naturalmente.
—Adelante por favor —dijo nada más poner el bolígrafo sobre el bloc de notas abierto.
—Me llamo Tomás Cruz.
—¿Conoce al hombre de la foto?
—Sí señor.
—Haga el favor de decirme cuanto sepa.
—Soy camarero en una cafetería de la calle Juan Bravo.
—¿Me llama desde allí?
—No, no señor, lo hago desde mi móvil, estoy en casa. Es mi día libre.
—Entiendo. ¿Podríamos vernos?
—Claro, no hay inconveniente.
—Perfecto. Deme sus señas y me desplazo inmediatamente.
—Anote por favor.
—Gracias. Estaré ahí dentro de una hora aproximadamente, el tiempo que tarde en acabar unas cosas.
—No se preocupe, ya le he dicho que es mi día libre.
—Gracias por su llamada, señor Cruz.
—De nada inspector.

Terminó el café, escribió una nota a su hijo y como los últimos días, acabó poniendo: *No sé cuándo regresaré, no me esperes a cenar. Un abrazo de tu padre.* Pegó la nota donde acostumbraba, cerró la puerta con llave y bajó hasta donde dejó poco antes el coche. Hizo un plano mental del recorrido hasta el domicilio del camarero y encendió el motor del Seat-Toledo, con dos letras en la matrícula. Era antiguo, carrocería dañada, con rozaduras, motor gastado y ruedas a punto de darle un disgusto.

Golpeó con los nudillos la puerta de madera lisa, pintada de marrón oscuro. En el centro, y por encima de la minúscula mirilla, una gran letra C la distinguía de las otras tres del descansillo con ascensor. Un hombre de mediana edad, con amplio cabello negro y vestido con pantalones vaqueros y una camisa de cuadros verdes, se presentó ante él.

—¿Inspector Soto?

—El mismo.

—Pase, haga el favor.

—Gracias.

—¿Le apetece un café?

—La verdad es que si, apenas he tenido tiempo de tomar uno, aunque si no le importa me gustaría caminar. Llevo mucho tiempo encerrado, sin respirar aire limpio.

—Como prefiera. La verdad, a mí también me apetece caminar.

—Entonces vayamos a pasear.

—Bien.

Los dos hombres bajaron por las escaleras, atravesaron el portal del edificio y se metieron en el ir y venir de otros ciudadanos. Lo hicieron en dirección a un cercano parque. Al pasar frente a una cafetería arrastraron sus pies hacia ella. Tomaron sendos cafés calientes e iniciaron la conversación motivo de su entrevista.

—Dígame ¿donde conoció a nuestro hombre?

—En la propia cafetería donde trabajo.

—¿Cómo?

—Acudía todas las semanas un par de veces. Fundamentalmente por las mañanas.

—¿Solo o acompañado?

—Le contaré inspector, así le facilitaré datos y luego si le parece, me pregunta.

—Tiene razón, disculpe.

—Siempre aparecía bien vestido, con traje y corbata. Llevaba una cartera de cuero marrón en su mano, y se sentaba a esperar frente a una de las mesas para dos personas que ponemos en el área para fumadores. Si era muy temprano, solía pedir un café con leche, pero si se sobrepasaban las doce, tomaba un vino blanco de Rueda. Yo mismo atendía esa zona de la cafetería y por supuesto a ellos. Rara era la vez que la persona a quien esperaba llegara puntual, aunque desconozco la hora en que presuntamente quedaban, pero su constante mirar al reloj de la muñeca, me inducía a pensar que ella no era estricta con la hora.

—¿Ella?

—Sí. Una mujer. Muy guapa, por cierto. Delgada y muy elegante. Con una sonrisa muy agradable. Era la fumadora. Es posible que viviera cerca de allí, pues en ocasiones vi como al salir ambos, compraba pan en la pastelería. Se

sentaban uno frente al otro. Comentaban, reían y a veces dejaban escapar algún gesto de cariño. Digo cariño porque esas cosas se notan. Las miradas cómplices, las caricias prodigadas sobre sus respectivas manos por debajo de la mesa, así lo atestiguaban. Al cabo de un tiempo pagaban las consumiciones y se marchaban. Nunca más tarde de la una y media. Solían salir juntos por la puerta cercana a la pastelería, allí se besaban en las mejillas, y cada uno tomaba una dirección. Solo una vez los vi caminar juntos y a ella, cogida de su brazo. Creo que fue días antes de que ella dejara de venir. Si me permite el comentario, creo que eran amantes. Tal vez alguno de ellos casado. Lo que si se notaba era la felicidad que respiraban cuando estaban juntos. En una ocasión estuvieron con dos personas desconocidas. Una de ellas con un hombre, que parecía ser amigo de ambos. En la otra, una mujer, con una edad cercana a los cuarenta años, esbelta y con una sonrisa contagiosa. Parecía ser amiga de ella, pues él se levantó de la silla al verla llegar y esperó de pie hasta que fue presentado por su acompañante.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a nuestro hombre?

—Yo diría que tres años, más o menos, quizás cuatro.

—¿Y a ella?

—El mismo. Supongo que se citaban allí. Los recuerdo a ambos desde entonces. Nunca antes los había visto solos o con otras personas.

—Ha comentado que los vio salir juntos en alguna ocasión. Según parece ella dejó de ir. Y él, ¿continuó apareciendo por la cafetería?

—En efecto inspector, durante bastante tiempo, luego dejó de hacerlo también. Tenga en cuenta que mis observaciones son como consecuencia de mi trabajo.

—Entonces ¿los vio alguna tarde?

—Mi turno acaba cuando terminan las comidas.

—Entiendo. ¿Sabría decirme si llegó a escuchar donde trabajaba, o cual era su ocupación?

—No señor. A veces los clientes interrumpen sus conversaciones cuando nos acercamos los camareros, pero si mal no recuerdo, él viajaba con cierta frecuencia.

—¿Qué puede decirme de ella? ¿Ha vuelto a verla por la cafetería?

—Desde entonces no, y lo lamento, llegué a tomarles afecto a ambos. Eran buenos clientes y estupendas personas. Me trataban con deferencia y respeto, y no lo digo por sus buenas propinas, que también, sino porque en

una ocasión él me devolvió el vino que le recomendé y al verme discutir con el encargado, a quien señalé las palabras de queja formuladas, me miró, hizo un ademán reclamando mi presencia y pidió de nuevo la copa para tomársela, pese a no gustarle la calidad del vino. A partir de ese día no volvió a pedirme vino, solo cerveza. Parecía una persona a quien no le gustaran los conflictos.

—Excepto esas dos personas que menciona ¿los vio con otras?

—No. Siento no poder ayudarle más inspector ¿Puedo preguntarle algo?

—Supongo que sí. Adelante.

—¿Les ha ocurrido algo a ambos?

—No puedo responderle señor Cruz. Lo siento, y, gracias por la información. Si recuerda algo más me gustaría escucharlo.

—Naturalmente inspector.

—Ahora debo seguir mi investigación.

—Le deseo suerte.

—Gracias.

Salieron de la cafetería y volvieron caminando hasta el domicilio del camarero, después de conversar sobre otros extremos en el parque. Fidel Soto, inspector de homicidios, regresó a su domicilio. Antes pasó por un supermercado cercano, compró un par de rodajas de atún y unos vegetales y decidió dar una sorpresa a su hijo. Al acabar de cocinar, se tumbó en el sofá y se quedó dormido hasta que su legítimo descendiente, le zarandó para despertarlo.

—¿Qué haces en casa? Me habías dejado dicho que no te esperara a cenar.

—Perdona, pero acabé unas gestiones y quise almorzar contigo, luego iré a la comisaría.

—Estupendo. Ya he visto que has hecho algo comestible.

—Espero que te guste, era una receta de tu abuela paterna. Confío en que se pueda comer.

—Iré poniendo la mesa.

—¿Cómo vas en el instituto?

—Bien, pero se me atraviesan dos asignaturas.

—Pues el año que viene debes entrar en la universidad. Aplícate y busca la manera de aprobarlas, o tendrás una nota de mierda para elegir la carrera que quieres.

—Ya lo sé. Solo quería que me ayudaras.

—Lo intentaré. Pero ahora vamos a comer, ya me he quitado algo el sueño y tengo hambre.

—Yo también.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las tres de la tarde.

Transcurrió el plazo ampliado por el comisario y el resultado obtenido por el inspector Soto, fue el mismo, ninguno. Le retiraron el expediente y cuatro días después dormía el sueño de los justos en una caja de archivadores con un único título, *Expedientes cerrados provisionalmente*. El siguió con otros y cada vez más enfrentado con el comisario y su recomendado sobrino. Pero siguió trabajando gracias a las copias de cada uno de los documentos, que durante días, sacó para continuar investigando por su cuenta.

De vez en cuando alguien comentaba a través de una de las redes sociales, señalando que parecía haber visto a su investigado en numerosos lugares. Solo lo anotó, no investigó, no lo creyó necesario.

El encuentro

Una mujer joven de aproximadamente veinticuatro años, observa ese día, con más detenimiento, al hombre que cada mañana parece esperar a alguien en el portal. Ella baja los seis peldaños que separan la zona del ascensor de la puerta metálica del edificio, para salir a la calle. A un lado, y de espaldas al juego de espejos separados por un marco, que encierra una mala pintura naturalista, espera aquel hombre todos los días de pie, y lo ve cuando sale camino de su trabajo.

Siempre creyó que la espera obedecía a algo personal y cotidiano, sin embargo a partir de entonces, comprobó que a su regreso de trabajar, a la hora del almuerzo, o de su posterior salida de vuelta al trabajo o cuando se recogía por la tarde o noche, aquel hombre permanecía en el mismo lugar.

Iba bien vestido, afeitado y limpio, los zapatos lustrosos. No sostenía cigarrillo alguno entre sus dedos, y su cara al cruzar varias veces la mirada con él, no mostraba gesto alguno, parecía imperturbable. Solo ofreció uno amable, como intentando saludar con una media sonrisa. No cruzaban palabra alguna hasta que Paula decidió saludarlo. Se atrevió después de preguntar al portero de la finca.

—Joaquín, me gustaría preguntarle algo —dice al cruzarse con él en el portal.

—Claro señorita Paula.

—Llevo una temporada encontrándome a un hombre de unos cincuenta años, en el portal, por la mañana, al mediodía, la tarde y por la noche.

—¿Le ha molestado?

—No. Es un hombre callado, silencioso. Solo espera junto a los espejos. ¿Sabe quién es o a quien espera cada día?

—Disculpe, pero no lo he visto y sepa usted que suelo levantarme temprano para atender y adecentar el edificio. ¿A qué hora exacta le ve?

—Suelo salir sobre las ocho y media y ya está esperando a esa hora. Luego cuando regreso a las dos de la tarde, aún sigue ahí o ha vuelto, y lo mismo por la tarde o por la noche cuando vengo de estar con alguna amiga.

—Pondré más atención. Pero debe ser un vecino o familiar de alguien, de lo contrario no podría tener una llave de la entrada al portal. Intentaré estar mañana a las horas que me dice para verlo.

—Gracias Joaquín.

Durante una semana el hombre no apareció, Paula saludaba al portero de la finca, y miraba a su alrededor pero no encontraba al misterioso hombre. Al regresar encontraba a Joaquín esperándola, sin embargo, nadie más aparecía, salvo algunos vecinos en el trajín diario de salidas y entradas, o alguien con publicidad en la mano. A la semana, la vigilancia cesó, e inmediatamente volvió a aparecer aquel hombre.

Al tercer día comenzó a saludarlo.

—Buenos días.

—Buenos días —respondía el hombre.

Del mismo modo o similar, cruzaban su saludo al llegar las dos de la tarde y horas más tarde, al caer la noche. Paula no advirtió dos detalles, la imagen de aquel hombre no se reflejaba en los espejos, y siempre llevaba la

misma vestimenta. Una chaqueta marrón, camisa blanca, corbata beige, pantalones gris marengo y zapatos de ante marrones.

Su presencia se hizo cotidiana para Paula, solo cuando bajaba con algún vecino, coincidiendo en la salida, el misterioso hombre no estaba. Ella achacaba su presencia a la cotidiana espera de alguien a quien acompañar. Llegó a pensar detenerse un día y conversar con él. Sí, eso, le preguntaré — se dijo—. No obstante, careció de suerte, durante más de quince días coincidió con un vecino y al salir juntos del portal, no consiguió ver al misterioso hombre. Optó por hacerlo media hora antes y le encontró en el portal. Se saludaron, sonrieron y a partir de ese día se convenció para salir media hora antes, sentía necesidad de ver a aquel hombre, conocer que misterio encerraba. La intrigaba.

Un día, a las siete y media de la mañana bajaba en el ascensor cuando de repente se paró entre las plantas cuarta y tercera. Paula sintió algo de miedo por el golpe, que aumentó cuando la luz se apagó. Tuvo tentación de gritar, sus deseos fueron en aumento, sobre todo, cuando sintió una especie de rumor pronunciar su nombre *¡Paula! ¡Paula!*. Se revolvió buscando a quien emitió el susurro, pero entre la oscuridad y la certeza de haber entrado sola en el ascensor, solo recibió una respuesta de su cerebro, miedo, únicamente miedo. Un miedo que segundo a segundo fue adueñándose de sus nervios. Un escalofrío recorrió su columna vertebral elevando el miedo a la categoría de terror. Mientras tanto el susurro iba elevando el tono. Por un momento tuvo la sensación de que algo indescriptible trataba de tomar su mano, al notar una especie de cosquilleo, como si se tratara de una mínima descarga eléctrica. De repente el susurro lanzó una advertencia, *¡No temas, nada va a ocurrirte!, solo ha sido un corte de energía*. Esas palabras solo sirvieron para regalar el terror que recorría sus venas y convertirlo en el medio de cultivo para algo más elevado: pánico. De pronto comenzó a gritar pidiendo socorro, mientras pulsaba a tientas cada botón de planta y auxilio del panel. Tocó las puertas, las golpeó con fuerza, pero nada, todo permanecía igual. Nada cambió salvo un nuevo susurro. Esta vez pidiendo calma *¡Está a punto de regresar la corriente!* Dijo casi silbando la voz desconocida. Luego mencionó su nombre de nuevo y por fin otro golpe del ascensor y la luz comenzó a iluminar el interior.

De inmediato pulsó el botón de la planta baja. Luego recorrió el espacio con su mirada, fijando su espalda a una de las paredes. No había nadie. Pensó estar en viviendo una especie de pesadilla. El panel anunció la

llegada a la planta baja mediante un gong electrónico. Mientras, la puerta metálica se deslizó a uno de los laterales y dejó expedita la salida, Paula lo aprovechó con rapidez. Miró de nuevo al ascensor antes de bajar los peldaños hacia la puerta de salida y allí, como tantas veces, estaba aquel misterioso hombre.

—Buenos días Paula —dijo inmediatamente.

—Hola, buenos días. Disculpe tengo prisa.

—Y miedo también, está desencajada. Pero solo ha sido un corte de corriente momentáneo.

—¿Me ha oído gritar?

—Desde luego, aunque no pude hacer nada, solo pedir que volviera la energía.

—Gracias de todas formas.

—De nada Paula.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Lo oí mencionar a alguien.

—Debo marcharme.

—Claro. Que tenga un buen día.

—Gracias

—Hasta pronto —dijo cerrando la conversación.

Hubo días en que la coincidencia de Paula con algún vecino evitaba ver a aquel hombre. Sin embargo, tenía la sensación al tomar el ascensor, que alguien la acompañaba en silencio. A partir de entonces sentía un escalofrío cada vez que entraba en el elevador. No obstante casi siempre veía al misterioso hombre con quien cruzaba unas palabras a modo de saludo.

—Buenas noches. Como siempre esperando.

—Eso parece.

—¿A quién espera? Si puedo preguntar.

—Claro. A alguien muy especial.

—Supongo, de otra forma tanto tiempo y cada día, sería un castigo en vez de una alegría.

—Eso pienso yo. Hasta ahora no he tenido suerte.

—¿A qué se refiere?

—No la he visto salir.

—Entonces si espera ver salir a alguien, no es usted vecino del edificio.

—En efecto, no lo soy.

—Sabrá que no puede estar tanto tiempo dentro, puede tener problemas con Joaquín, el portero de la finca.

—No puede verme.

—No entiendo.

—Algún día se lo explicaré.

—¿Puedo preguntarle donde vive esa persona a quien espera?

—No lo sé. Solo que vive aquí.

—¿No sería más fácil preguntar al portero?

—Él no puede verme.

—Comprendo.

—No, creo que no lo entiende, pero no importa.

—Como quiera. ¿Cuál es su nombre?

—¿El nombre de quién?

—El de esa persona.

—¡Ah!, disculpe. Se llama Micaela.

—Que coincidencia, como se llamaba mi madre.

—¿Qué?

—Mi madre se llamaba así.

—Emplea el pasado.

—En efecto. Murió.

—¿Cómo? ¿Qué murió?

—Sí, hace meses.

—Lo siento. Es triste perder a un ser querido.

—Lo es, y aún más sin síntomas que lo advirtieran.

—Repito Paula, lo siento mucho ¿Tiene una foto de ella? Me gustaría verla.

—Claro, llevo siempre una en mi bolso. Espere, se la mostraré.

Paula abrió el bolso, introdujo su mano en uno de los apartados internos, y en una funda porta fotos, apareció la de una mujer sonriente, con un moño despejando su rostro, alegre, feliz. Con un vestido rojo escotado, dejando ver su elegante cuello. Sostuvo en sus manos la foto e hizo ademán de entregársela al misterioso hombre, sin embargo rechazó sostenerla entre sus dedos, solo miró la foto, sostuvo su mirada fija varios segundos. De inmediato comenzó a gritar desaforadamente, a moverse de un lado para otro hasta que Paula asustada, optó por retirar la foto, cerrar el bolso y salir a la calle sin mediar palabra alguna. Al mirar a través de los cristales de la puerta, comprobó que el hombre había desaparecido. Se extrañó no verlo en la calle, ni salir del portal. Tan solo habían transcurrido unos segundos.

De nuevo sintió un escalofrío en su espalda que no pudo calmar hasta llegar a su trabajo.

Pese a la extraña sensación que recorría su espalda cada vez que atravesaba el portal para salir a la calle, Paula tenía la impresión de haber molestado a aquel hombre, llevaba más de diez días sin aparecer, sin verlo ni saludarlo. Pensó por un instante que habría desaparecido. Poco a poco se fue acostumbrando a no verle. Hasta que una mañana.

Como siempre, lo último que recogía eran las llaves que al entrar dejaba en una bandeja de plata, costumbre copiada de su madre. Apagó las luces del pasillo y el vestíbulo de entrada, y con las llaves en la mano quitó el pasador de seguridad, abrió la puerta y salió al descansillo. Al girar después de dar la vuelta a una de las llaves, tropezó con el misterioso hombre. Al salir no le vio y sin embargo, estaba allí, casi pegado a ella.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha llegado a la planta? No he oído el ascensor. ¿Ha subido las escaleras?

—No voy a responder a ninguna de sus preguntas, Paula. Es usted quien debe responder las mías.

—¿En virtud de qué?

—Necesito saber, y solo usted puede responderme.

—¿Responderle? ¿Qué?

—¿Cuándo murió su madre?

—¿Que tiene que ver mi madre con su presencia aquí?

—Le repito que no contestaré a ninguna de sus preguntas. Solo responda a las mías.

—Tampoco tengo intención de hacerlo, si antes no se sus razones.

—Lo siento, no puedo.

—Entonces, yo tampoco responderé.

—Tendrá que hacerlo, pues de lo contrario lo pasará mal.

—¿Es una amenaza?

—Si lo entiende así, allá usted. Por favor, sea amable y dígame cuando murió su madre.

—Lo lamento.

—Está bien, terminará por decírmelo, se lo aseguro.

Paula se dirigió al centro del descansillo para llamar al ascensor, mientras el misterioso hombre no se movió. Al escuchar que el ascensor se paraba, echó un último vistazo, pero el hombre había desaparecido. Se metió en el elevador, pulsó la planta baja y esperó nerviosa para respirar el

aire fresco de la mañana. Sin embargo nada más abrir la puerta se encontró de nuevo al hombre, frente a ella.

—Por favor Paula dígame cuando murió su madre.

—Haga el favor de dejarme en paz, de lo contrario tendré que dar cuenta a la policía.

—No le servirá de nada.

—Como prefiera.

Dejó que la puerta cerrara y avanzó hasta los escalones. Los bajó, pulsó la apertura de la metálica y se dispuso a salir a la calle. Ni siquiera comprobó que el hombre había desaparecido. Al poner el brazo extendido sobre el picaporte, notó la misma sensación de descarga eléctrica de días atrás, cuando el ascensor se paró entre dos pisos. Dio un respingo y de nuevo el escalofrió recorrió su espalda al tiempo que escuchaba un susurro decir *¿Cómo murió su madre?, dígamelo por favor.*

Miró repetidamente a su espalda, pero no había nadie. Salió a la calle, caminó hasta donde tenía el coche aparcado, se subió en él y cerró la puerta. Estaba muy nerviosa, solo escuchaba una y otra vez el mismo susurro: *¿Cómo murió su madre?, dígamelo por favor.*

Todo el día se mantuvo en aquella situación. No quiso comentarlo con su compañera, pero la notó algo extraña, no se comportaba de la misma manera que cualquier otro día. No llegó a concentrarse y sí pensar que, cuanto estaba viviendo solo era como consecuencia del agotamiento producido por el trabajo y la soledad desde la muerte de su madre. Alguien le había dicho que ese trance aporta muchos traumas, y ella aún no los había superado. Optó por intentar eliminar los susurros de su mente, a los que denominó recuerdos negativos, pero no cesaron ni siquiera cuando regresó a casa.

Por la noche en cada rincón veía la figura de aquel hombre, ahora recubierta de una niebla alrededor de su cuerpo que repetía incansable la misma frase: *¿Cómo murió su madre? dígamelo, por favor.* Tuvo que tomarse una píldora para conciliar el sueño, sin embargo a media noche, sobre las cuatro de la madrugada, se despertó sobresaltada con más miedo que nunca. Abrió los ojos al escuchar por enésima vez la frase lanzada por el susurro y sentir la misma descarga eléctrica sobre su brazo. Se alzó sobre el colchón, puso los pies en el suelo y echó sus manos a los ojos, aún no creía lo que veía. El hombre discutía con otros dos cuyos rostros eran horribles y desconocidos. La conversación cesó cuando la vieron levantarse y caminar

hacia ellos. De repente desaparecieron y Paula pudo llegar a la cocina para beber agua, sin volver a escuchar la frase o ruido alguno. Pese a ello tardó más de una hora en volver a coger el sueño.

Aquella mañana no vio a su misterioso hombre, ni escuchó nada. Llegó a su oficina y como siempre, conectó su ordenador para comprobar los correos. Entró en internet cuando alguien de la red intentaba hablar con ella.

—Paula, quiero que entres en el blog de un tal Fidel. Me gustaría que te fijaras en la foto del hombre que aparece. Creo que le vimos juntas en una ocasión en una cafetería cerca de tu casa. ¿Quieres comprobarlo?

—¿Por qué razón? —pregunta.

—Quiere que le avisen si alguien le reconoce. Parece que es un amigo o familiar. Como es posible que te cruces algún día con él, pues eso, que le podrías ayudar.

—Lo haré, pero ahora no tengo tiempo, es muy temprano, tengo mucho que hacer.

—No lo olvides.

—No lo haré Diana.

—¿Te veré esta tarde?

—No lo creo, debo resolver una cuestión personal.

—Llámame entonces.

—Claro.

Al acabar sacó el teléfono del bolso para ponerlo sobre la mesa de trabajo, y al hacerlo comprobó que un bolsillo interior, la cremallera estaba corrida dejando su interior al descubierto. Metió la mano y no encontró lo que buscaba, había desaparecido. Rebuscó y decidió esperar hasta llegar a casa y comprobar si lo había olvidado allí.

Aclaraciones

Tomas Cruz entró a trabajar en la cafetería a los veinticuatro años, y allí seguía después de tanto tiempo. Primero estuvo de correturnos, más tarde le cambiaron a la barra y, por último, responsable de la zona de fumadores para atender las mesas, desde el desayuno hasta el almuerzo. Como la mayoría de sus compañeros, se cambiaba de ropa nada más llegar,

dejaba en la taquilla la ropa con la que salía de su casa y la cambiaba por el uniforme obligado, en realidad una camisa blanca con el logotipo de la empresa, pantalón negro y zapatos del mismo color, una chaqueta negra y corbata de color diferente a los camareros de barra. En verano les permitían eliminar la corbata y la chaqueta, aunque a veces, dado el aire acondicionado, él y sus compañeros optaban por ponérsela para cuidar el contraste de temperatura.

Llegó como siempre puntual, a las seis y media de la mañana. Esperó unos minutos a que el encargado general abriera la puerta principal, eliminara la alarma y encendiera las luces. Una vez dentro bajaba las escaleras hasta la planta sótano donde una sala con taquillas y unos bancos de madera entre ellas, marcaba el territorio privado; según rezaba un cartel en la puerta; y procedía a cambiarse de ropa. Sus otros compañeros solían llegar más tarde, la mayoría de las veces venían desde sus respectivos domicilios con la ropa de trabajo puesta, por lo que no bajaban a los vestuarios.

Tomás abrió la puerta y su mano se dispuso a pulsar el interruptor de la luz, sin embargo se extrañó al ver junto a su taquilla, un pequeño resplandor. Se acercó temeroso, sabía que nada había dejado que emitiera esa luz, sin embargo al llegar a su altura, el conjunto luminoso se arrastró hacia él hasta conformarse en una figura humana.

—Buenos días —señaló aquella figura.

—Buenos días —respondió balbuceando— ¿Qué hace usted aquí? Estos son los vestuarios del personal, no está permitida la entrada. ¿No ha visto el cartel? Esta zona es privada.

—Claro, pero necesitaba hablar con usted.

—¿Qué quiere? —dijo mientras un escalofrió recorría su espalda desde la nuca hasta la rabadilla.

—Quiero que me confirme algo.

—Adelante, pregunte.

La figura sacó de su bolsillo una foto y se la mostró.

—¿Sabe quién es?

—Espere, yo le conozco a usted.

—Claro que me conoce, y yo a usted, por eso estoy aquí. Pero ahora, por favor, responda ¿Conoce a esta mujer?

—Naturalmente.

—¿Cómo se llama?

—Creo que, la verdad, discúlpeme, pero no lo recuerdo. Ya sabe cómo somos los camareros.

—Pero dígame. ¿La conoce o no?

—Desde luego, es la mujer a quien usted esperaba arriba, en la cafetería. Con quien charlaba y tomaba una cerveza o un café. Siempre llegaba antes que ella.

—Todo eso lo sé, pero ¿Desde cuándo no la ve?

—Hace bastante tiempo.

—¿Cómo cuánto?

—No sabría decirle, pero creo que más de tres meses.

—¿Está seguro de que es ella?

—Sí, sí señor. Disculpe, pero debo subir y empezar mi trabajo.

—Está bien, ya le veré más tarde. Ahora suba, no se demore.

—Gracias.

Tomás se vistió con rapidez, cerró la taquilla y mientras lo hacía, intentó recordar. Algo vino a su mente y quiso comentárselo a aquel hombre, sin embargo al intentar buscarlo, había desaparecido. Cerró el vestuario y subió a la planta de la cafetería. Dos compañeros preparaban la barra y las mesas. Su trabajo era recorrer cada mesa para comprobar si algún compañero, del turno de tarde, había dejado algún rastro de suciedad, o sin poner algún elemento en la mesa, tales como ceniceros, carta de productos, etc. Lo hacía desde la puerta de salida frente a la pastelería y acababa en uno de los laterales de la puerta con salida a un edificio de viviendas. Al llegar a ese punto, vio al hombre con quien acababa de conversar en los vestuarios, sentado, frente a la misma mesa donde acostumbraba a esperar a la mujer de la foto.

Le pareció extraño, pues las puertas señalaban que el establecimiento aún estaba cerrado al público, los cierres a media altura lo indicaban, y las luces solo eran posicionales, no iluminaban con profusión las salas. No obstante, se acercó a uno de sus compañeros y preguntó.

—Habéis dejado pasar a alguien.

—No. ¿Por qué lo dices? Ya sabes que hasta la siete y cuarto no abrimos. Y aún no lo son, no han traído los churros y Evaristo, suele ser muy puntual.

—Ya, lo sé. Gracias.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás pálido?

—No, nada.

Tomás estaba intranquilo, nervioso. Es más, una especie de escalofrío recorrió toda su espalda incansablemente. Como pudo fue acercándose al hombre, que aún permanecía sentado y de cuando en cuando miraba su reloj, tal y como hacía cuando esperaba a la mujer. Se acercó y temeroso le preguntó, mientras con una bayeta recorría la superficie de la mesa de al lado.

—¿Quiere que le ponga algo?

—No gracias. Solo necesito saber cuándo fue el último día que vio a esta mujer —dijo sacando de nuevo la fotografía.

—Ya le dije antes que exactamente no lo sé, pero más o menos tres meses, quizás algo más.

—No me lo creo. Me está mintiendo. Usted sabía que Micaela había muerto y sin embargo no quiso decírmelo.

—No señor, no sabía que había muerto. Es la primera noticia que tengo. Lo siento.

—No lo sienta. Usted lo sabía y sin embargo permitió que yo siguiera viniendo a esperarla cada día. ¿Lo recuerda?

—Claro que sí, señor. Lo recuerdo. Pero no sabía que su amiga había fallecido.

—No puedo creerle. Perdí un tiempo precioso y ahora podría estar a su lado. Debo encontrarla.

—Pero señor, si está muerta ¿Cómo puede encontrarla?

—Eso no es asunto suyo.

De repente Tomas oyó como un compañero le llamó preocupado al verle hablar mientras limpiaba una y otra vez la misma mesa.

—¡Tomas! ¿Qué haces? Llevas más de diez minutos limpiando la misma mesa. ¿Tan sucia está?

—Disculpa, me he despistado.

—Yo diría que estas en otro mundo.

—Tomas, siga con su trabajo —dijo el hombre— pero sepa que no me ha gustado su comportamiento.

—Pero si no sabía que había muerto.

—Si lo sabía y no quiso advertirme. Tendrá que pagármelo algún día.

—¿Qué dices? —pregunta un compañero.

—Nada —responde.

—Termina y ven a tomarte un café, a ver si te despiertas.

—Vaya. Tómese el café, pero sería mejor una copa, pues le aseguro que su despiste o mala intención no quedaran sin sanción, se lo aseguro.

—Pero, si no hice nada, soy un camarero.

—Eso lo sé, pero no me advirtió y debió hacerlo, me ha hecho perder un tiempo precioso. Le dejo, pero volveré a verle.

—Deja ya esa mesa y ven, te he puesto el café —insiste el compañero.

Tomas recorrió la distancia hasta la barra y al llegar se volvió para mirar a la mesa de los amantes, pero el hombre ya había desaparecido.

Estuvo todo el turno con mal humor y muchos nervios. Esperando que de un momento a otro aquel hombre apareciera de nuevo para cumplir su amenaza. Sin embargo algo se iluminó en su cerebro. Al acabar llamaría al inspector. Sería lo mejor. Le andaba buscando y él sabía dónde encontrarlo.

Los clientes diarios comentaron que el humor de Tomas y su sonrisa, parecían haberse disipado. No supo contestarles, solo eludió dar explicaciones que tal vez no entenderían. Se sentía culpable de algo que ni siquiera supo, perjudicar a un hombre. Sin llegar a su casa, nada más salir del edificio de la cafetería, marcó el número que figuraba en la tarjeta del inspector Fidel Soto.

—Hola inspector, soy Tomas Cruz, el camarero.

—¡Ah sí!, dígame Tomas. ¿Qué ocurre?

—He visto al hombre que busca.

—¿Dónde?

—En la cafetería. Esta mañana.

—¿Puede contármelo por teléfono o personalmente?

—Creo que personalmente.

—Entonces ¿Por qué no se acerca por mi despacho?

—De acuerdo voy ahora mismo.

—Le espero.

Unos minutos después, sentado frente al inspector, el camarero relató con detalle cuanto le había ocurrido desde primera hora de la mañana.

—Según dice, la mujer a quien ese hombre esperaba se llamaba Micaela.

—En efecto.

—Y al parecer murió hace tres meses más o menos. Llevaba una foto de ella.

—Gracias Tomas. Me encargaré de investigar debidamente. Tranquilícese, le veo muy nervioso.

—No es para menos, ese hombre me ha amenazado.

—No tenga cuidado, es algo natural, está despechado. Es un hombre cuyo corazón está dolorido por la muerte de su amante. Pero no creo que le haga nada.

—Entonces inspector, ¿su aparición en los vestuarios y luego en la cafetería?

—Yo diría que entró sin que sus compañeros le advirtieran.

—No sé, sentí algo muy raro ante su presencia.

—Es posible que sea fruto de su cansancio

—Posiblemente.

—Gracias por los datos aportados, Tomas.

—De nada.

Le acompañó hasta la salida, donde se estrecharon la mano al despedirse. Regresó a la mesa de trabajo y nada más hacerlo, el teléfono sonó insistentemente. Respondió.

—Dígame.

—¿Es usted Fidel Soto?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Soy Paula Jiménez.

—Bien Paula ¿Qué quiere?

—He visto su blog y la foto de un hombre a quien busca.

—En efecto, es un amigo.

—Pues estuve con él. Bueno en realidad solo he cruzado algunas palabras.

—¿Puedo verla? Tal vez podría explicármelo mejor personalmente.

—No lo creo necesario.

—Mire señorita, en realidad soy inspector de policía, ha llamado a mi teléfono oficial de la comisaría. Si quiere puede comprobarlo.

—No es preciso. Además, pensaba acudir a ustedes.

—¿Por qué razón?

—Estoy asustada, ese hombre me amenazó.

—Señorita Paula, anote la dirección, acérquese y pregunte por mí, por el inspector Soto. Hablaremos.

—De acuerdo. Iré enseguida.

—Gracias.

Paula respiró satisfecha. Por un lado sentía alivio al ayudar a alguien, por otro, cumplía con la necesidad de confiar a la policía sus temores. Llegó en pocos minutos a la comisaría. Rápidamente la llevaron ante la presencia del inspector Soto.

—Adelante, por favor, siéntese.

—Gracias inspector.

—Ahora cuénteme. Primero sus temores por la amenaza, luego hablaremos de mi búsqueda.

—Gracias inspector.

Durante unos minutos, Paula describió con toda clase de detalles lo acaecido con aquel hombre. El inspector anotó cuanto creyó necesario. Al final.

—¿Esta segura que es el hombre de la foto?

—Sí señor, el mismo.

—Bien Paula, ahora dígame ¿Cómo murió su madre?

—No tenía enfermedad alguna. Bueno, que yo supiera. Meses antes obtuvo el divorcio de mi padre, aunque llevaban mucho tiempo sin vivir juntos. Mi padre se marchó de casa tres años antes.

—¿Siempre ha vivido con su madre?

—Sí.

—¿Sabía si tenía relación con algún hombre?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Conozco a alguien que vio juntos a su madre y ese hombre.

—¿Insinúa que mi madre tenía un amante?

—Cabe esa posibilidad. Su madre según dice, era joven, no había cumplido los cincuenta años. ¿No es así? Y si se separó de su padre, tenía motivo para comenzar otra vida.

—No lo creo, mi madre no era así.

—¿Está segura?

—En realidad no. Lo cierto es que siempre eché la culpa de la separación de mis padres a ella, aunque tal vez influenciada por los comentarios de mi padre.

—¿La trataba mal su madre?

—Al contrario.

—¿Entonces?

—No sé. Quizás no supe ver bien los problemas entre ellos.

—¿Habló con ella de ese tema?

—Nunca.

—¿Tiene conocimiento de si su madre visitaba la cafetería situada en Juan Bravo esquina a General Pardiñas?

—Solía comprar el pan allí. Me lo dijo en alguna ocasión.

—Sin ánimo de ofender ni lesionar el recuerdo de su madre, tal vez sería conveniente que hablara con un camarero llamado Tomas Cruz. Él es quien ha reconocido a nuestro hombre y comentado que los atendía en la cafetería. Trabaja en el turno de mañana.

—Es raro, mi madre siempre estaba en casa cuando yo regresaba de mi trabajo para almorzar. Si hubiera perdido el tiempo con ese hombre la casa y la comida no habrían estado preparadas.

—No deseo molestar, pero insisto en que sería conveniente hablara con el camarero. Tal vez descubra una faceta desconocida de su madre.

—Quizás lo haga.

—Bien, ahora no tema por ese hombre, parece estar buscando a su madre. Debería responder a la cuestión que le mortifica. Su amenaza no es real, solo el resultado de un dolor, de un sentimiento. Según parece, tiene algo pendiente de resolver. Espero que entre los tres podamos zanjar todo esto.

—Perdone inspector, pero me gustaría saber por qué lo busca usted.

—Siento no poder complacerla señorita Paula, pero es un asunto que no le compete. Y créame, me gustaría decírselo.

—Vale.

—Si le ocurre algo extraño o ese hombre vuelve a amenazarla, aunque no creo que llegue a más, no deje de llamarme.

—Desde luego.

—¿Está más tranquila?

—En realidad no, pero debo seguir viviendo. Sabe, echo de menos a mi madre. Tengo la sensación de haber dejado pendiente algo por hacer, y ahora no puedo. Me siento culpable.

—Entiendo su pesar. Lo digo porque a mí también me ocurrió al fallecer mi esposa.

—Lo siento. Gracias por todo inspector.

—A usted por venir.

Al regresar a su casa, Paula tenía la necesidad de encontrarse con aquel hombre. De conversar con él. Esperó hasta que la noche cerró la puerta al sol. Anduvo dando paseos, debía analizar el comportamiento con su madre. Tal vez si hablaba con aquel hombre, le serviría para eliminar la sensación de culpabilidad. Esta vez entró en el portal esperando encontrarlo, al igual que al salir y enfrentarse a la puerta de acceso a su casa. Tampoco tuvo suerte. Entró en la ducha y al acabar, se dispuso a preparar algo de cena. En ello estaba cuando el timbre de la puerta sonó,

reclamando su presencia. Miró a través del visor, no había nadie, sin embargo optó por abrir. Sostuvo la puerta sin retirar la cadena de seguridad, pero no alcanzó ver a persona alguna. Cerró y cuando se disponía a volver a la cocina, tropezó con la figura iridiscente del hombre.

Dio un respingo, y pese al miedo que comenzó a sentir, caminó hacia él. No parecía haberla visto, al menos era lo que demostraba. Entró al salón y recorrió la estancia despacio como esperando que de un momento a otro apareciera Micaela.

—¿Que busca? —dijo temerosa Paula.

—A tu madre, a Micaela, al amor de mi vida.

—¿Quién es usted?

—Yo era el hombre a quien amaba, con quien quería pasar el resto de su vida. Pero alguien se interpuso.

—¿Qué quiere que haga yo?

—Necesito saber dónde está, como murió y también por qué no me lo dijo alguien.

—Murió en una clínica, como consecuencia de una intervención sin importancia. Yo misma la acompañé. Según su médico solo iban a ser unas horas, y por la noche estaríamos de regreso a casa. La intervención fue bien, eliminaron aquello que le producía su pérdida de peso. Dijo que deseaba aumentarlo, quería comenzar una nueva vida, ponerse guapa y esbelta para alguien, aunque no me dijo quién. ¿Era usted?

—Supongo que sí ¿Qué pasó después?

—No lo sé. Salí unos minutos para hacer unas llamadas telefónicas y al regresar la habían subido a la UVI, al parecer sus constantes comenzaron a debilitarse.

—Ella, como yo, sabía que últimamente estaba débil. La recomendé coger peso. Solo me dijo que iba a hacer algo en una clínica. Pedí acompañarla, pero me dijo que su hija lo haría. No quiso que fuera, y esperé me llamara como prometió.

—Lo siento, no sabía nada de eso.

—No quería molestarla, ocultaba muchas cosas.

—Eso es cierto, jamás me habló de usted.

—Nunca entendió por qué la culpaba de la separación de su padre.

—Lo cierto es que, conversábamos muy poco sobre ese tema. Desde que mi padre se marchó de casa, apenas cruzábamos unas palabras, no mantuvimos una conversación fluida o intensa.

—Por eso estaba dolida, y por muchas más cuestiones.

—¿Cómo cuáles?

—Lo siento, pero si ella no se lo comentó, yo no puedo hacerlo y menos en mi situación. Pero mi opinión es que debería hablar con su padre, él es quien tiene la obligación de informarla.

—Lo intentaré.

—Es lo menos que puede hacer en homenaje a su madre, una mujer integra hasta el final.

—¿Cómo?

—Sí, por lo que veo no tenía suficiente confianza en su hija para decirle que me había encontrado a mí, temía hacerla daño.

—Era usted con quien conversaba por teléfono de vez en cuando.

—Sí. Nuestra relación se basó en un principio, en amistad, luego con el tiempo y cuando su padre se marchó de casa, iniciamos una nueva etapa, aunque siempre oculta por temor a que tanto usted, como él, descubrieran que comenzaba una vida diferente, llena de cariño que le faltaba y merecía.

—Si sabe todo eso de mi madre, ¿por qué comenzó a buscarla?

—No tuve noticias suyas. Su teléfono dejó de existir.

—Entonces era usted quien llamaba constantemente y colgaba.

—Sí, y lo siento. Esperaba escuchar la voz de ella.

—Yo también lo siento, si hubiera conocido de su existencia le habría llamado.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Bien querida Paula, ahora será capaz de decirme donde la enterraron.

—Antes debo comprobar ciertos extremos. Cuando lo haga me comunicaré con usted y solo entonces le responderé. Créame, mi conversación con usted obedece a la recomendación hecha por un inspector de policía que le busca.

—Entonces ya somos dos quienes buscamos algo.

—Déjeme una dirección o un teléfono para contactar con usted. Sabe, me sigue dando miedo y su sola presencia me provoca una extraña sensación.

—Ya lo entenderá. Y no se preocupe, yo me pondré en contacto con usted.

—¿Se marcha ya? ¿No volverá para asustarme?

—Si lo hice fue con un solo deseo, saber dónde estaba mi querida Micaela. Discúlpeme.

—Disculpado ¿Me acompaña a cenar? Voy a por un plato más.

—No se moleste, no tengo hambre.

—Espere, vuelvo enseguida.

Paula salió al pasillo en dirección a la cocina, pero a su regreso aquel hombre, de quien aún no sabía su nombre, no estaba en el salón. Le buscó, lo llamó, pero no obtuvo respuesta. Cenó, se acostó y aquella noche no tuvo pesadillas, no vio rostros horribles ni resplandores extraños, tampoco la sensación de miedo como en otras ocasiones. Por la mañana llamó a su oficina y solicitó el día libre, lo utilizaría para hablar con el camarero Tomas Cruz, a quien conoció a las once de la mañana.

Cuando acabó la charla, rota en numerosas ocasiones, dado que él no podía dejar su trabajo, Paula salió de la cafetería con los ojos llenos de lágrimas y una sensación de soledad rebozada con matices de alegría y al mismo tiempo de tristeza. Recordó algunas frases de la conversación con el camarero.

—Ellos se amaban, es algo que se nota. Nunca dieron muestras de ello, parecían dos personas normales, aunque yo sabía que por debajo de la mesa se acariciaban las manos. Solo un día salieron juntos y se besaron en los labios en la calle, como si se hubieran quitado un gran peso de encima. Fue un sábado a primeros de mes, poco antes de que su madre dejara de venir. Ese día debieron festejar algo, tomaron dos copas de cava.

—Supongo que fue la firma del divorcio de mi madre. Disculpe Tomas ¿Hasta entonces no los vio acariciarse, ni besarse?

—No señorita. O no se atrevían o era una especie de acuerdo. Entraban separados y salían del mismo modo.

—Gracias por su información.

—¿Habló con ese hombre?

—Sí.

—Pues a mí me tiene amenazado.

—También lo hizo conmigo, pero no tenga miedo, solo buscaba a mi madre, no sabía de su fallecimiento y todo este tiempo ha estado buscándola, con tan mala suerte que al saberlo, su corazón ha debido sufrir un shock. Es comprensible si la quería tanto. Creo que haré lo que me ha pedido.

—¿Puedo saber qué?

—Conocer el lugar donde está enterrada. Creo que yo mismo le acompañaré.

—¿Podría unirme?

—No veo inconveniente, le llamaré si decido que venga, pero debo hablar con el inspector Soto, tal vez quiera venir también.

Fin de la búsqueda

Paula habló con el inspector Fidel Soto, quien aceptó acompañarla, junto al camarero Tomas Cruz, al cementerio donde se encontraba enterrada Micaela, su madre. Luego esperó a que el hombre misterioso apareciera para invitarle a ver la tumba de Micaela. Aquella misma noche volvió a aparecer del mismo modo que la última vez, llamando al timbre para esta vez entrar sin sobresaltarla.

—Me gustaría saber su nombre —dijo nada más saludarle.

—Pedro.

—Pedro, he decidido no sustraerme a la realidad. El recuerdo de mi madre y sus sentimientos merecen tener descanso, como usted.

—Se lo agradezco.

—Solo una cosa, tanto el inspector que le busca, como el camarero que les atendió a mi madre y a usted, vendrán con nosotros al cementerio.

—¿Por qué razón?

—Quizás sigo teniendo miedo, y no quiero hacer el viaje sola.

—¿Está atrapada en un mar de sentimientos?

—De alguna manera sí. Y tal vez después de forzar a mi padre a responder una serie de preguntas, me ha hecho recapacitar. Necesito pedir disculpas a mi madre, en presencia de alguien, y ustedes estarán a mi lado a título de notarios ¿Le importa?

—Ni mucho menos, ahora puedo proclamar a los cuatro vientos que amaba a Micaela, nadie puede prohibírnoslo ya ¿Cuándo iremos?

—Mañana mismo. Iremos en el coche del inspector.

—De acuerdo, esperaré con ansias. Gracias Paula.

—De nada Pedro.

—La dejaré sola.

—¡No! espere, no se marche. Cuénteme cosas de mi madre, creo que sabe de ella más que yo.

—De acuerdo.

A las cuatro de la mañana Paula se quedó dormida en el sofá. No notó como una manta cubrió su delgado cuerpo, aunque sí una leve descarga eléctrica en su rostro cuando Pedro, el hombre misterioso, acarició aquel rostro tan parecido al de Micaela.

Por la mañana Pedro esperaba como siempre, de pie junto a los dos espejos separados por una pintura naturalista realizada por alguien que no respetaba la perspectiva. Se saludaron y juntos salieron a la calle, aún faltaban el inspector y el camarero por venir. Cinco minutos más tarde se reunieron los cuatro. El coche conducido por el inspector paró frente al portal número 87 de la calle.

—Buenos días Paula —dijo nada más bajar del coche el inspector.

—Hola inspector.

—Supongo que usted es Pedro Stampa.

—En efecto.

—Me alegro de encontrarle por fin. Debo hablar con usted largo y tendido.

—Supongo que me dirá la razón por la que me busca.

—Naturalmente que sí. Pero si no le importa hablaremos más tarde, no es el momento.

—No, no lo es.

Paula se acomodó en el asiento delantero, junto al conductor, mientras que Pedro lo hizo junto al camarero, en los traseros. El camino fue silencioso, ninguno de los ocupantes abrió la boca para hablar, salvo unos instantes antes de girar a la derecha para entrar en el cementerio alejado de la ciudad.

Recorrieron la calle principal, hasta dejar el coche en uno de los aparcamientos previstos. Aquel recinto era singular, distinto a lo que los tres hombres habían visto hasta ese momento, no parecía un cementerio y sí un parque por donde pasear rodeado de árboles agrupados y de parterres provistos de flores y plantas. Entre ellos, caminos de grava blanca separaban bloques de piedra rectangulares señalando el lugar donde estaban enterrados seres queridos de otras gentes.

Caminaron durante unos minutos entre numerosos grupos florales. Las rosas de muchos de ellos empezaban a abrir sus capullos, y algunas comenzaban a lanzar aromas.

—Es allí —dijo Paula señalando con su mano derecha— y me gustaría estar unos minutos a solas con ella. ¿Les importa?

—No.

Miró a Pedro y este movió su cabeza asintiendo. Segundos después la vio alejarse hasta la piedra rectangular de granito rosa, donde yacía Micaela. Los tres hombres esperaron en silencio mientras tanto.

Paula dirigía unas palabras a la lápida. Ni el inspector ni el camarero las escucharon, sin embargo Pedro sí. Oyó.

—Mamá, discúlpame. Sé que has estado sola mucho tiempo. Desde que dejé aquí tus cenizas junto a los amigos y algunos familiares. Pero solo desde hace poco tiempo pude entender algunas cosas. Sabes, hablé con papá y obtuve respuestas que no esperaba. Ahora se la razón por la que no vino a tu entierro y también porque tuvo que marcharse de casa. Perdóname, no sabía nada de eso. Lo siento. Sé que como madre podrás perdonarme, aunque no como mujer. Siento mucho cuanto te hice sufrir. He venido con unos amigos. En realidad uno de ellos es especial, hace poco tiempo que le conozco, pero como te buscaba no he podido negarme a traerlo. Los otros dos, a uno no lo conoces, al otro creo que sí. Es quien os servía las cervezas y los cafés a Pedro y a ti. Espero que me perdones. Te prometo que vendré con más frecuencia.

Se volvió hacia los tres hombres que esperaban e hizo ademán para que se acercaran. Lo hicieron, aunque poco después el inspector y el camarero acompañaron a Paula, para dejar solo a Pedro con Micaela.

Nadie oyó la conversación.

—*Ya era hora —señaló Micaela.*

—*Lo sé cariño. Y lo siento, no sabía dónde estabas. Creí en principio que me habías abandonado por alguien más joven —dejó escapar una sonrisa— Luego cuando no supe de ti, fui a la cafetería a esperarte, tenía el convencimiento de que algún día aparecerías. Más adelante me convencí que debía ocurrirte algo grave y fui a tu casa para ver si te encontraba allí. Hasta que conocí por fin a tu hija Paula. Se parece mucho a ti.*

—*Lo sé, pero no es tan guapa como yo.*

—*Eso desde luego.*

—*Bien, y ahora qué ¿Estás dispuesto?*

—*Para eso estoy aquí. Aunque me gustaría dejar constancia de mi visita a tu tumba.*

—*Bien. Hazlo y prepárate, llevo cuatro meses esperando este momento.*

—*De acuerdo amor mío. No tardo mucho.*

Pedro sacó de un bolsillo de su chaqueta marrón un sobre con una hoja escrita, la dejó sobre la piedra donde ponía el nombre y fecha del fallecimiento de Micaela y luego tres piedras blancas que sacó de otro bolsillo. Después se volvió hacia donde esperaba Paula y los dos hombres, alzó la mano en señal de despedida y esperó unos segundos.

Una luz potente se alzó sobre la tumba, envolviendo a Pedro, quien en ese momento abrazaba y besaba a Micaela. Ambos enlazados de la mano y mirándose a los ojos comenzaron a caminar hacia el horizonte. Atravesaron rosales y se pararon al llegar al borde del recinto. Alzaron sus manos de nuevo y desaparecieron.

Paula que no entendía nada de lo ocurrido, comenzó a llorar al ver a su madre abrazando a Pedro, sonriendo feliz. Luego miró al inspector solicitando una respuesta, que no tardó en llegar.

—¿Qué ha pasado? —dijo casi susurrando.

—Supongo que la búsqueda ha terminado. Cuanto acabamos de ver no tiene más que una explicación. Ella esperaba a Pedro, él la buscaba, ahora usted ha facilitado su encuentro. Sabe, yo le buscaba a él, pero en realidad lo hacía para conocer por sus amigos o familiares la razón.

—¿Qué razón?

—Necesitaba saber que motiva a un hombre de cincuenta y cinco años, morir sin suicidarse, sin tener enfermedad alguna. Nunca hasta ahora en mi vida como policía, me había ocurrido algo así.

—Pero, es que Pedro se ha convertido en algo etéreo.

—Paula, él ya lo era. Pedro murió un mes después que su madre. Su espíritu no tenía conciencia de su situación. Tenía algo pendiente por resolver. Su cita con Micaela, su amor. Ve como se querían ambos. Vamos Paula, deje de llorar y si lo hace, hágalo de alegría, ambos son felices y estarán juntos para siempre. Era lo que deseaban.

—Yo también lo creo así —dijo el camarero que se frotaba los ojos retirando unas lágrimas.

—Tardaré en comprender todo esto.

—¿Entonces nos vamos ya?

—Espere un segundo, Pedro dejó algo en la tumba de mi madre, no quiero que se pierda, tal vez sea un recuerdo de ambos.

—De acuerdo recójalo.

Retiró el sobre que contenía la carta manuscrita y dejó las tres piedras blancas. Sin esperar a llegar al coche, la abrió y comenzó a leerla.

Mi querida Micaela:

Estamos en Abril en plena primavera, época de felicidad, luz y aromas y no obstante aún sigo enfadado contigo. Me prometiste llamar en cuanto salieras de la clínica, y no lo hiciste, ahora me obligas a escribirte. Ya sabes, solo soy capaz de reflejar mis sentimientos cuando pongo palabras arañadas sobre el papel. Además, no quiero que pienses un solo momento que no te echo de menos. No sé dónde estás, tu hija aún no me lo ha dicho.

Aquel día, aquel nefasto día, cuando me pediste que esperara te obedecí. Que no me preocupara añadiste, y te creí, como siempre hacia, y desde entonces me siento mal, pues debería haber imaginado tratabas de ocultarme algo. No supe averiguar habías concertado tu viaje definitivo con La Parca sin mí, que no cumplirías tu promesa ni volverías para oírme decir lo que tal vez debería haberte dicho hace tiempo.

Tu ausencia comenzó ese mismo día.

Ahora solo el silencio y el éter del espacio donde te encuentres, serán mis aliados, a quienes confiaré te susurren todo lo que tenía guardado, tal y como hiciera aquel gorrión que descubrimos juntos un domingo paseando por El Retiro.

Siempre te dije ¿recuerdas?, que eras mi musa, y te reías por el juego que hacíamos. También recordarás que solo desde aquel 11 de Enero, cuando nos conocimos en Sevilla y entraste en mi vida, pude reflejar cuanta creatividad llevaba dentro. Fue solo entonces, con tus comentarios y sobre todo apoyo, cuando nació decididamente la necesidad de escribir, y más dificultades encontré para traducir y materializar verbalmente mis sentimientos por ti. A tus recomendaciones, no tuve más remedio que sujetarlos como bridas de un caballo desbocado. Comprendía tanto directa como indirectamente que debía canalizarlos de otro modo, debido a tu hija y el contencioso recién acabado con su padre, tu exmarido.

Por todo aquello y por mucho más, mis sentimientos se convirtieron en un enjambre oculto, como un día de lluvia a la espera de un rayo de sol que abriera la puerta de la colmena y con ello iniciar la búsqueda de flores para libar. Siempre fuiste para mí por un extraño designio, fuente de luz, remanso de ternura, un manantial profundo e inmenso de luz pura que iluminó mi vida y mi camino. Debes saber que siempre estarás dentro de mi corazón y seguirás

inundando de optimismo la mitad de mi alma, ya que la otra mitad se fue contigo, sin embargo, con la misma fuerza y ternura, seguiré ofreciéndote miles de bicos.

Ya no volveremos a escuchar juntos las voces angelicales en la basílica del monasterio de El Escorial, ni pasearemos por El Retiro, ni tomaremos cervezas en nuestra cafetería, ni los bocadillos de calamares que tanto te gustaban de El Brillante. No podremos disfrutar de las canciones de Aute, Michael Bublé, Diana Navarro o Celine Dion, o de las maravillosas notas nacidas para los conciertos de violín de manos de los virtuosos clásicos. Pero te prometo que hasta encontrarte y reunirme contigo, lo seguiré haciendo en homenaje a ti, a tu recuerdo, y será mi dedicación, y volveré a los mismos lugares en que estuvimos para pasear. Beberé cerveza por ti, y seguiré escribiendo novelas para que desde donde te encuentres, puedas hacer tu especial y querida crítica y comentarios. De vez en cuando, escucharé Tell Him con la voz de Celine dejando que una sujeta lágrima aflore a mis ojos sin hacer ademán por detenerla.

También debes saber que tu ausencia me duele en lo más profundo de mí ser, que desde entonces las noches aparecen sin sueño y despiertan mis angustias, y no puedo conjugar los verbos en futuro. Sin embargo el recuerdo de tu sonrisa seguirá bastándome para hacer bailar las estrellas en el firmamento, aunque es posible que no pueda evitar dejarme morir por la melancolía que me produce tu ausencia. Siempre existirás mientras alguien te recuerde, y yo lo haré hasta reunirme contigo.

No te imagino alejada, pensaba, y sin embargo te tengo, decía, más cuando la alba venía, tus besos y tu presencia, mi amor, faltaban. Y es cuando más solo me encuentro, mi vida, y reclamo soñar despierto para poderte decir quedo, bajo, susurrante, cuanto te añoro y te amo.

Por último y por el momento, no deseo pienses por un momento que me he olvidado de tus piedras de cristal de roca. No se han separado de mí, ni lo harán, sabes, las llevo siempre en el bolsillo, como tampoco dejaré de abrir cada día las cajas donde guardo para ti miríadas de bicos. Cada mañana los lanzaré desde mi ventana para que te lleguen, aunque guardaré uno para dártelo personalmente cuando nos volvamos a encontrar.

Hasta entonces, querida mía. Pedro.

El inspector y el camarero vieron como Paula rompía a llorar de nuevo y apretaba contra su pecho, la carta que acababa de leer. Sin esperar,

corrió en dirección a la tumba para rescatar las tres piedras blancas, cuyo significado jamás conocería, pero eran un regalo de su madre al hombre que la amó en silencio, a escondidas. Ella las guardaría junto a aquella carta.

FIN

In memoriam